

GARCILASO, EL CUZQUEÑO*

Julio G. Gutiérrez L.

25

En el mes de abril último pasó casi inadvertido el 427 aniversario del nacimiento y el 350 de la muerte del Inca Garcilaso de la Vega, el hombre representativo y epónimo del Perú, mestizo y cuzqueño por antonomasia. A propósito de estas deshilvanadas glosas lo he llamado *El cuzqueño*, para diferenciarlo de sus ilustres homónimos, el poeta toledano cantor de las *Églogas*, y de su padre el Capitán. Así cuzqueño por excelencia, indio, mestizo y cholo superlativo, sentimos, más que conocemos, al Inca Garcilaso.

El Instituto Americano de Arte que en 1939 tomó bajo su patrocinio y responsabilidad las fiestas celebratorias del cuatricentenario de la muerte de nuestro ínclito paisano, no le ha olvidado ni mucho menos. Aquí lo tenemos presente en efígie, en el original del bronce que nuestro consocio el escultor Antonio Sánchez Delgado modeló para una avenida central de Montevideo, y, más que en bronce y en figura, lo tenemos tatuado y consubstanciado en el corazón y en el espíritu. Seguimos en esto, como en todo, el ejemplo y la huella de los fundadores de nuestro Instituto, entre los cuales, cuentan ilustres garcilasistas cuzqueños: José Uriel García que lo colocó entre los señores optimates del neo-indianismo, junto con Lunarejo y Túpac Amaru; José Gabriel Cosío, sin lugar a duda, el más fervoroso de los garcilasistas, comentarista, glosador y exégeta acucioso del autor de los *Comentarios Reales*, Rafael Aguilar, Alfredo Yépez Miranda y otros. Al rendirle este homenaje familiar y casi doméstico, recordemos los años de infancia, los veinte primeros de los 77 que vivió el Inca mestizo, aquí en su tierra natal,

al amparo y el calor del hogar materno, en la casa de su madre, la Princesa Chimpú-Oqlo, rodeado del cariño nostálgico y triste de sus inmediatos parientes los señores del imperio más poderoso, rico y extenso del Continente. Esos veinte años, años de formación vividos amamantado con la leche materna —leche india— la sangre y el espíritu de la cultura autóctona, fueron decisivos en la vida y la obra del inmortal Inca historiador. Esos cuatro lustros hicieron de él el último khipukamayoc Inca y el primer historiador peruano, pero también el primero de los harawiqus indios en lengua castellana; fueron años de estructuración no sólo de su ser físico, sino, sobre todo, de su espíritu.

La vida de nuestro máximo escritor y cronista puede dividirse en dos ciclos claramente delimitados: el período cuzqueño, sus veinte primeros años y el período español, los restantes 57. Estos últimos, por agitados, amargos y llenos de decepciones que hayan sido, por mucho que al final de su vida, ya en sus *rincones de soledad y pobreza* haya creado su obra inmortal en el castellano más castizo y elegante del Siglo de Oro, pese a todo ello, el período hispánico es una evocación orgullosa, apasionada y nostálgica de sus años cuzqueños, la parte india de su ser.

Emigrado de por vida a España, la patria de su padre el Capitán y de sus antepasados peninsulares, aquellos linajudos duques de Feria y del Infantado, los Hinojosa de Vargas, descendientes de Garcilaso el vencedor de moros en la vega de Granada y de Garci Pérez de Vargas, cuya genealogía trazará con pluma orgullosa el mestizo cuzqueño, jamás olvidará hasta sus días

* En: "Revista", n.º 12 del Instituto Americano de Arte del Cusco, año 1966. Págs 79-90.

postreros la maravillosa ciudad de piedra y de oro, la sagrada Ciudad del Sol que un día –12 de abril de 1539– lo acogiera en *k'irawinca* entre pañales de fino *qonpi*.

Aquellos sus años de infancia y adolescencia pasados entre *armas y caballos* entre espadas y arcabuces, recogiendo con el oído atento esas remembranzas de los pasados días de gloria y esplendor que hacían verter llanto inconsolable en las veladas de la casa materna al recordar que el *reinar trocóseles en vasallaje*, serían inolvidables. Lo mismo que los días y años transcurridos bajo la férula severa pero cariñosa del Canónigo Cuéllar, ese buen cura que habría deseado llevar a los mesticillos, hijos de los conquistadores a las aulas de la famosa Universidad de Salamanca; las correrías y excursiones al Pukara de Saqsaywaman, a los campos aldeaños y, luego, la adolescencia pasada bajo el fragor de las guerras, los levantamientos y los motines; las largas y angustiosas jornadas en la casa paterna puesta bajo asedio y bombardeada por los cañones de Hernando Bachicao, las largas ausencias y la vida azarosa de su padre el Capitán. Su resentimiento de hijo ilegítimo, cuando su padre es obligado por pragmática real a contraer matrimonio con la española doña Luisa Martel de los Ríos, su madrastra que no lo vería, después de todo, con ojeriza y, por último, el alejamiento definitivo de su tierra y de su madre.

Recordemos algunos pasajes de su infancia y su primera juventud, porque “*la infancia de Garcilaso es –como dice Uriel García– nuestra infancia histórica, la niñez secular del Continente, cuyo pasado hasta hoy no termina de liquidarse y cuyo porvenir, hasta hoy también se mantiene en ese instante de alborada, en estado de la promesa o de la esperanza...*” su vida de cuzqueño nacido en el Cozco, según escribe invariablemente.

Seguramente a poco de venir al mundo, en abril de 1539, el niño mestizo recibió el bautismo cristiano y quien lo apadrinó fue Francisco de Almendras, amigo de confianza de su padre el Capitán y conquistador de los primeros. Posteriormente habría recibido el sacramento de la confirmación, siendo su padrino uno de los más ricos “vecinos” feudatarios de Cuzco, Don Diego de Silva, dueño de las casas en que se asentó años después el Monasterio de las Teresas Carmelitas. Aún hoy conserva el nombre del conquistador, la Plazoleta de Sílvac, en vocablo quechuzizado. Este caballero español era hermano del famoso Feliciano de Silva, autor de novelas de caballerías y citado nada menos que por Don Miguel de

Cervantes en el más célebre de los libros españoles *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

El Capitán Garcilaso de la Vega, crecido ya su hijo, pensó en su educación y le encomendó en calidad de ayo o tutor a Juan de Alcobaza, su amigo y hombre de confianza de su casa. Fue Alcobaza quien le enseñó las primeras letras. Luego, pasó a la escuela que dirigía el Canónigo Juan de Cuéllar que enseñaba cursos elementales de Latinidad. Allí, en esa primera escuela la única por la que pasó, porque el resto de su formación literaria fue autodidáctica, conoció y trató a los otros mestizos cuzqueños hijos de los conquistadores y a los hijos de los nobles incas. Al escribir sus *Comentarios*, Garcilaso los recordará 60 años más tarde. Ellos son, entre otros: Francisco Pizarro, hijo de Marqués Gobernador y de doña Angelina hija de Atawuallpa, Juan Serra, hijo de Mancio Serra de Leguizamo, el que jugó el Sol del Qorikancha antes que amaneciera y de Beatriz Qoya, hija de Wayna Qhapaq; Pedro y Francisco Altamirano, hijos de Antonio Altamirano, vecino notable del Cuzco y conquistador de los primeros; además los hijos de Pedro del Barco y de Juan Balsa; Gaspar Centeno, hijo del Capitán Diego Centeno; Juan Arias Maldonado, igualmente mestizo y los hijos indios del inca Paullu, ese fiel aliado de los blancos, Felipe y Carlos Inca y algunos otros más.

Los discípulos del Canónigo Cuéllar se divertían los días de guardar y de descanso excursionando por los alrededores de la ciudad que iba transformándose lentamente de inca en española. Subían a la fortaleza y entraban a los subterráneos o *chinkanas*.

El cronista narró amenamente los sucesos cotidianos que más impacto hicieron en su espíritu, tales como los hallazgos de tesoros que los españoles hacían en las antiguas *canchas* o palacios de los incas. De la casa de Alonso de Meza, frontera de la de Garcilaso, extrajeron gran cantidad de plata en barras, y de la parte de la antigua Akllawasi, el boticario Hernán Segovia desenterró un gran tesoro. La tradición de los tapados o tesoros del Cuzco, es, por consiguiente, muy antigua. Después de cuatro siglos todavía queda gente que los busca.

En estos años de infancia, *en sus niñeces* como escribirá en sus *Comentarios*, el joven mestizo va acumulando experiencias y conocimientos preciosos. Vive los momentos iniciales de la transculturación. Vio por sus propios ojos cómo venían de España o se aclimataban, trasplantados, animales y plantas desconocidos en América.

Recordará que el trigo venía de Castilla y que en el Cuzco sólo se comía pan de maíz.

Con gran lujo de detalles, como podría hacerlo un gacetillero o periodista de nuestros días, cuenta que llegaron de la región de Cuntisuyo, es decir, de los valles de Arequipa, las primeras uvas que se vieron en el Cuzco y que su padre el Capitán le mandó repartir en bandejas a sus amigos, los *vecinos* españoles de la Ciudad Imperial, como un presente digno de los dioses. El mestizo junto con el paje indio tomaba no pocos granos de los destinados a los amigos de su padre y así los regustó por vez primera. Las uvas las había enviado de su repartimiento de Achanquillo, el Capitán Don Bartolomé de Terrazas el año de 1555. Años después, en 1560, el joven Garcilaso de paso a Lima, tocó en el repartimiento de Markawasi sobre el Apurímac; allí el hortelano portugués Alfonso Báez, le hará recorrer los parrales cuajados de gordos racimos y no le invitará ni un grano, por guardar el encargo del dueño de la heredad Don Pedro López de Cazalla.

Con admirable precisión guardó el recuerdo de esos años felices y así contará que las primeras vacas que se vieron en el Cuzco fueron las del extremeño Antonio Altamirano que debe considerarse, con derecho, el padre de los ganaderos cuzqueños, del mismo modo que Pedro López de Cazalla el Noé cuzqueño, porque fue el primero en fabricar vino en la tierra de los incas.

Algo que deben recordar los cienciasos y tenerlo como timbre de su blasón heráldico es que el primer burro que rebusnó en tierra cuzqueña fue uno que mandó traer de Huamanga el Capitán Garcilaso, padre de nuestro cronista y lo compró por 480 ducados, una verdadera fortuna. La venida del primer conquistador asnal, se debió a que el capitán quería sacar crías mulares en sus yeguas. El Inca conservaba vivo el recuerdo del pollino al que describe como *pequeño y ruinejo*. Encontramos así al padre de la estirpe, al más remoto ancestro de los borricos cuzqueños.

En el mismo andén del Colegio de Ciencias que da sobre Santa Clara, conservando en gran parte su recio aparejo celular y que se prolongaba hasta el riachuelo de Chunchulmayo a lo largo de la calle del Hospital de Naturales, vio el Inca Garcilaso, hacia 1550 (entonces debía tener de diez a once años) arar a la primera yunta de bueyes ante el asombro de los indios, quienes comentaban que los chapetes, por flojos y holgazanes, hacían trabajar a los animales. El andén que se llamaba

Chaqmana o chaqmana-pata, pertenecía al cacereno Juan Rodríguez de Villalobos, antes de que los padres franciscanos lo adquirieran para edificar su convento. Los bueyes fueron tres y Garcilaso consigna sus nombres. Ellos se llamaban *Castillo, Naranjo y Chaparro*. El episodio debió grabarse en la memoria para siempre, porque siguiendo a la multitud de indios y de otras gentes que acudieron a las chacras de Rodríguez de Villalobos, nuestro cronista hizo –hablando en cuzqueño– su primera “*ch'itada*” o se dio la vaca que es lo mismo, por cuya falta recibió dos docenas de azotes. Con cierta picardía recordará aquellas dos docenas de ramalazos: “...*los unos –dice– me los dió mi padre, porque no fui a la escuela, los otros me dió el maestro porque falté a ella*”, eran aquellos buenos tiempos de austera severidad y de la pedagogía inquisitorial que tenía por máxima “*la letra con sangre entra*” que sobrevivió, dicho sea de paso, hasta los comienzos del presente siglo, *porque yo y mis condiscípulos de primeras letras alcanzamos aun la palmeta, el varapalo y el tirón de orejas. A Dios gracias.*

El jovencuelo Garcilaso o Gómez Suárez, que tal era el nombre que recibió en el bautizo por voluntad de su padre que, en esta forma, quiso honrar en el hijo mestizo a sus ilustres parientes los Suárez de Figueroa e Hinostroza de Vargas, hizo largos viajes a las heredades y repartimientos del Capitán. El los narrará en su reposada ancianidad allá en su silencioso retiro de Montilla. La primera vez que salió del Cuzco –recuerda– fue cuando su padre regresaba de Los Reyes o sea Lima, como prisionero y rehén de Gonzalo Pizarro después de la derrota y muerte del Virrey Blasco Núñez de Vela en Añaquito y del desastre de Centeno en Huarina. Escribe en la *Historia General del Perú*,

“Yo entré en la ciudad con ellos, que el día antes había salido a recibir a mi padre hasta Qespicancha, tres leguas del Cuzco. Parte del camino fui a pie, y parte me llevaron dos indios a cuestras, remudándose a veces. Para la vuelta me dieron un caballo y quien lo llevase de diestro, etc.”

Y aquí una muestra de la magnífica memoria del historiador cuzqueño. Prosiguiendo su relato escribe:

“...y vi todo lo que he dicho, y pudiera asimismo decir en cuáles casas se aposentaron los capitanes cada uno de por sí, que los conocí todos, y me acuerdo de las casas, con haber casi sesenta años que pasó lo que vamos escribiendo, porque la memoria guarda mejor lo que vió en su niñez que lo que pasa en su edad mayor.” (H.G.P.)

De entonces no perderá más su afición por los caballos y registrará en sus memorias los

nombres y los hechos de los más afamados *caballos de los conquistadores*. Llegó a ser diestro jinete de *ambassillas* como su padre, el Capitán, y en años posteriores lo veremos alternando con los vecinos españoles del Cuzco en los torneos y juegos de cañas en ocasiones solemnes tales como la jura de Felipe II como Rey de España en diciembre de 1557. Hará un largo viaje por el Altiplano hasta más allá de Potosí para visitar el primer repartimiento de su padre en Tapaqri, en los Charcas. Visitará también la chacra de coca de Havisca en las selvas de Qosñipata (Paucartambo), el repartimiento de indios de Huamanpallpa en Cotabambas, el de Chinchaypujyu en Anta y el deleitoso valle de Yucaj, donde su padre tuvo un solar con frente a la plaza, lugar cuya naturaleza paradisíaca encarece el Inca cronista a lo largo de toda su obra.

Trató Garcilaso, de niño, a Gonzalo Pizarro y a otros altos personajes de la época. Dice del gallardo caudillo de los encomenderos que estuvo a punto de coronarse Rey del Perú por consejo de su Maestre de Campo Don Francisco de Carbajal, el *Demonio de los Andes*, lo siguiente (H.G.P.Cap.XLII):

"Yo conocí a Gonzalo Pizarro de visita en la ciudad del Cozco, luego que fue a ella después de la batalla de Huarina...". Más adelante relata: "Comí dos veces a su mesa porque me lo mandó, y uno de las dos fue el día de la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora; su hijo Don Fernando y Don Francisco su sobrino, hijo del Marqués y yo con ellos, comimos en pie todos tres en aquel espacio que quedaba de la mesa sin asientos, y él nos daba de su plato lo que habíamos de comer...etc." Y añade: "...y andaba yo en edad de nueve años, que por el mes de abril siguiente los cumplí, a doce del".

Hablando del Maese de Campo de Gonzalo, el celeberrimo Francisco de Carbajal, el personaje más apasionante del período de las Guerras Civiles y encareciendo su genio y sus virtudes guerreras, no obstante haber sido encarnizado enemigo de su padre el Capitán, escribe el cronista: *"Andaba siempre en una mula crecida, de color entre pardo y bermejo; yo no le vi en otra cabalgadura...etc."*

Conoció igualmente al Presidente Don Pedro de la Gasca, ese clérigo cazarro, zorro con piel de cordero, que venció al orgulloso y arrogante caudillo, con apenas un largo tiro de arcabuz en Xaxihuana o Saqsawana, la actual pampa de Anta. Recuerda al respecto Garcilaso:

"Yo le conocí, y particularmente le vi toda una tarde que estuvo en el corredorcillo de la casa de mi padre que sale a la plaza de las fiestas, donde le hicieron unas muy solemnes

de toros y juego de cañas, y el Presidente los miró desde allí, y posaba en las casas que fueron de Tomás Vázquez y ahora son de su hijo Pedro Vázquez donde también posó Gonzalo Pizarro"...etc.

Con cierto *gracjo* irónico pinta nuestro cronista lo contrahecho y feo de cuerpo que era el Presidente.

"Es así—dice— que era muy pequeño de cuerpo, con extraña hechura que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquier hombre alto, y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando a caballo, parecía más pequeño de lo que era, porque todo era piernas; de rostro muy feo..."

Conoció también el Inca Garcilaso a Diego Centeno, capitán fidelista famoso por sus correrías y sus encuentros con el Demonio de los Andes, poco después que aquel entró en el Cuzco levantando bandera por el Rey, mientras Gonzalo Pizarro el caudillo rebelde se encontraba en Lima, por junio de 1547. Al entrar de noche para sorprender a los gonzalistas, Centeno fue herido por Pedro Maldonado *"...el hombre más alto y corpulento que yo he visto ni allá ni acá"* dice, y cuenta que fue a besarle las manos de parte de su madre que había vuelto al Cuzco junto con sus hijos y otros españoles que estuvieron fugitivos de la persecución de los pizarristas.

En 1558, el Inca Sauri Túpac, sucesor de Manco Inca en el Señorío de Vilcabamba, regresaba de Lima tras haber pactado un convenio amistoso con el Virrey Marqués de Cañete; el futuro cronista fue a saludarle y rendirle homenaje a la manera incaica, hablándole en el idioma de los incas. Con emoción realmente india y evidente orgullo, narrará en la Segunda Parte de los *Comentarios Reales*, o sea la *Historia General del Perú*, su entrevista con Sauri Túpac. Después de brindar con chicha en dos pequeños vasos o aquillas de plata dorada, cuenta, *"...a la despedida le hice mi adoración a la manera de los indios, sus parientes, de lo que él gustó muy mucho, y me dio un abrazo con mucho regocijo que mostró en su rostro"*.

Esta entrevista con un príncipe de la sangre, descendiente de la realeza incaica, dejaría profunda y perdurable impresión en el espíritu del joven mestizo y futuro historiador. El contacto directo con gentes de su estirpe materna, el ambiente propicio de la antigua capital imperial, el dulce idioma quechua, la evocación nostálgica de la grandeza pasada, formaron en definitiva y por siempre la personalidad profunda del escritor mestizo. Por eso, Garcilaso pese a sus cincuenta y siete años de vida española, permaneció peruano, indio y cuzqueño. Ni las gestas gloriosas, los

blasones heráldicos y las genealogías linajudas de sus parientes por línea paterna pudieron hacerle olvidar su condición de “indio nacido entre indios”, de cuzqueño antonomástico y paradigmático.

En enero de 1560, Garcilaso Inca, mozo de veinte años se dispone a partir por mandato paterno a España. El año anterior había muerto el Capitán y por disposición testamentaria mandó que los albaceas y ejecutores entregaran a su hijo natural Gómez Suárez la cantidad de cuatro mil pesos de oro y plata ensayada para que vaya a España a educarse. El viajero va a despedirse del Corregidor del Cuzco, Juan Polo de Ondegardo y este le muestra en un aposento contiguo cinco momias reales que, como buscador de tesoros y destructor de idolatrías, había encontrado en una cueva de Titi-Qaqa. Pertenecían según dirá Garcilaso a tres emperadores: Wiraqocha, Túpac Inca Yupanqui y Wayna Qhapaq y a dos Qoyas o emperatrices que eran: Mama Runtu, esposa de Wiraqocha y Mama Oqlllo, esposa de Túpac Inca y madre de Wayna Qhapaq. El joven Garcilaso sentiría ante aquellas reliquias de sus antepasados emoción profunda y perdurable. La cabeza de Wiraqocha era toda blanca como la nieve y cuando tocó un dedo de la mano de Wayna Qhapaq, lo sintió tan duro como si fuese estatua de palo.

Y así partió el Inca Garcilaso de su ciudad natal el 20 de enero de 1560. Su madrastra doña Luisa Martel de los Ríos, viuda de su padre el Capitán, le regaló la cabalgadura en que haría el viaje hasta Ciudad de Los Reyes (Lima) para después embarcarse rumbo a España. Lo acompañaba un español que viajaba a Lima y llevaba –dato curioso– con sumo cuidado en el arzón de la silla, un cachorro de mastín.

Desde la altura de Karmenqa y en el adoratorio o Wak'a incaica de Urcoskallan, donde hoy mismo los peregrinos indios, saludan a la sagrada ciudad de sus mayores al entrar o al salir de ella, el doncel Garcilaso, jinete en su caballo, habría contemplado por última vez la ciudad de la áurea leyenda que iba enrojando de tejados moriscos y en el confin del anchuroso valle, la pirámide de nieve impoluta del Apu Ausanqati “...aquella ni por hombres ni por animales jamás pisada cordillera de nieve”.

Qué pensamientos acudirían a la cabeza del viajero, qué emociones asaltarían en tropel su corazón en ese momento supremo de la separación definitiva. Quizá si, como dicen muchos, aunque

sin fundamento, lanzó aquella imprecación dolida que encontramos ya sesenta años después en el capítulo XXXVIII, Libro I de la *Historia General del Perú*, al referirse a las ingentes cantidades de oro que el Perú enviaba a España “...las cuales envía aquella mi tierra a toda España y a todo el mundo viejo mostrándose cruel madrastra de sus propios hijos y apasionada madre de los ajenos...”

Ya en España, los desengaños recibidos en la Corte, la pobreza modesta a la que se redujo tras haber batallado contra los moriscos en la Guerra de las Alpujarras hasta alcanzar *cuatro conductas*, hoy se diría despachos, Capitán de que le hicieron merced el Rey Don Felipe II y el serenísimo Príncipe Don Juan de Austria, su hermano, acendrarón en el cuzqueño su indianidad esencial, el substrátum y la esencia de su espíritu y de su obra.

Defendiendo la memoria de su padre el Capitán, escribirá Garcilaso (Capítulo XIII Libro V, de la H.G.P) con amargura y desengaño:

“Y con todo esto, pudieron los disfavores pasados tanto, que no osé resucitar las pretensiones y esperanzas antiguas ni las modernas. También los causó escapar yo de la guerra tan desvalijado y adeudado, que no me fue posible volver a la Corte, sino acogerme a los rincones de la soledad y la pobreza donde (como dije en el proemio de nuestra historia de La Florida) paso una vida quieta y pacífica, como hombre desengañado y despedido deste mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa dél, porque ya no hay para qué, que lo más de la vida es pasado y para lo que queda proveerá el Señor del Universo, como lo ha hecho hasta aquí”.

Termina esta amarga confesión con esta disculpa: *“Perdóneseme estas impertinencias que las he dicho por queja y agravio que mi mala fortuna en este particular me ha hecho, y quien ha escrito vidas de tantos no es mucho que diga algo de la suya”.*

Amargura de desterrado, de mitmaq o mitimae que añora la lejana tierra, su patria física y espiritual, a la que no pudo volver nunca y al saber que el inexorable destino lo condenaba a morir en extranjero suelo, se resigna a comprarse una sepultura en una capilla olvidada de la vieja mezquita musulmana de Córdoba.

Allí yacen sus huesos –*huesos fidedignos*, como diría el cholo Vallejo– convertidos en polvo o ceniza calcárea que vio el ilustre garcilasista don Raúl Porras Barrenechea, al descubrirse el sarcófago del cuzqueño insigne, en enero de 1939.

Y sobre la losa sepulcral el epitafio heráldico: *“Ilustre en sangre, valiente en armas, perito en letras”.*